

EL DIÁLOGO Y COOPERACIÓN INTER-ECLESIAL: EVITANDO LOS PELIGROS DEL SECTARISMO

Por Freddy Guerrero

País de Origen: Ecuador

Sirviendo en: Ecuador

“... respecto a lo relacionado al futuro de nuestra iglesia y sus valores medulares. ¿Hay valores que sólo son enunciados pero no una realidad en nuestra Iglesia de Iberoamérica? Más bien ¿hemos negado algo que es parte de nuestra buena herencia como denominación? Es evidente que el ser de la verdadera Iglesia nos lo definen los valores escriturales, y el participar de este "ser" del cuerpo de Cristo es ya un don divino; pero el llegar a ser lo que se afirma en las Escrituras que somos, el estar a la altura de dicho perfil, siempre será tarea y gesta esforzada. Así también, lo que como denominación expresamos en nuestras declaraciones que somos. ¿Estamos encarnando dichos valores y prácticas? ¿Hay descuido o desinterés en ejercitarlos? ¿A qué se debe ello? ¿Qué podemos hacer de manera decidida para actuar aquello que está faltando? (H. Fernando Bullón)¹

Notas hermenéuticas introductorias

Al iniciar esta exposición deseo ubicar los escenarios en que nos moveremos:

Primero, los distintivos básicos que caracterizan e identifican a la Iglesia del Nazareno están enunciados en la temática de esta conferencia, que la definen como *pueblo cristiano, miembro del movimiento de santidad, y con un carácter misionológico.*²

Ahora bien, una preocupación fundamental que observo en esta sección es de carácter axiológico. Hay un serio interés por recuperar nuestros valores institucionales medulares para poder proyectar nuestro futuro. Estos son: el ser (*identidad cristiana*), y quehacer (*sacerdocio universal de los creyentes y la actitud de diálogo y cooperación para el ejercicio de su misión*) en el ámbito Iberoamericano. Además, percibo una predisposición pastoral, mediante la cual, se aspira prevenir a la misma de los peligros del sectarismo.

Segundo, lo anterior suscita preguntas de crucial importancia para evitar tales peligros: ¿Dónde estamos como denominación en nuestro proceso de apertura, diálogo y cooperación con el resto del Cuerpo de Cristo? ¿Cuáles son los peligros a los que estamos expuestos de no observar y accionar la trilogía recién señalada en nuestra vida denominacional? ¿Qué actitudes y acciones concretas debemos incorporar en la vida de la Iglesia del Nazareno para abrir la institución al diálogo y cooperación con los diferentes miembros del cuerpo de Cristo?

¹ Carta enviada por el coordinador de ponencias, el 17 de abril del 2004 a los ponentes y reactivos.

² Al parecer en Iberoamérica el énfasis misionológico está puesto en el Iglecrecimiento y en la proclamación del mensaje de santidad. Pareciera que su discurso y práctica, por lo menos desde la cosmovisión del liderazgo denominacional, se enfoca en lo dicho. Sin embargo, el liderazgo emergente ha ido incorporando la filosofía del ministerio holístico, que es coherente con la declaración de misión de la iglesia registrada en el Manual de la Iglesia del Nazareno (cf. XI. La Iglesia, página 31, Art. 15, párrafo 3). Esto es, servir a los pobres, pero no per se, ni como gancho, sino como parte constitutiva y normal de ser evangélico y nazareno.

Tercero, hablar de la necesidad de “desarrollar una actitud de apertura, diálogo y cooperación”³ en el ministerio es risible. Pues la fe evangélica entraña y demanda tal actitud. Esto debería ser lo normal en la vida y ministerio de las iglesias que se precian de ser cristianas. Desde esta óptica me acercó al tema como un nazareno de nacimiento y corazón que cree que el cuerpo de Cristo incluye a la Iglesia del Nazareno, pero no se agota con ella. Por tanto, demanda de la misma un gran esfuerzo para ubicarse y reconocerse a sí misma en el marco más amplio, la Iglesia de Jesucristo, la *Missio Dei* y su Reino. Sin embargo, tengo la impresión que el diálogo y la cooperación con aquellos que no son parte de nuestra denominación no es un imperativo ético ni necesidad sentida, que caracterice a la mayoría de líderes de diversas denominaciones. Esto no significa que no haya quienes a título personal irrumpen en estos campos, como parte de su concepción, coherencia teológica y compromiso global con todo el cuerpo de Cristo y su misión.

Cuarto, nos preocupa que las denominaciones solemos actuar como islas en una sociedad que se globaliza y nuclea alrededor de propósitos económicos, culturales, militares, políticos, entre otros. No obstante en el campo religioso nos cuesta mucho asumir este desafío ético-espiritual presentado por Jesús en Jn. 17. Y más aún, asumir la misión, en tanto un proceso de transformación de todo lo creado. De allí, nuestra dificultad para hacer un impacto relevante en la sociedad desde las iglesias como lo plantea H.F. Bullón:

...Los logros más amplios del pueblo evangélico no podrán darse si éste no se plantea la necesidad de responder al imperativo ético de una acción unificada, que en términos de la preocupación por el impacto social de mayor alcance tiene que verificarse en una voluntad coordinadora, para que la acción informada, sistemática y comprometida rinda su fruto para beneficio de nuestras naciones, la gloria de Dios y la extensión de su Reino (2003:125).

Lo interesante de esta afirmación es que Bullón lo concibe como un “imperativo ético”, que precisa de “voluntad coordinadora” para poder correlacionar con el “impacto y los logros transformadores”. Basado en ello, afirmo que me es difícil percibir con total claridad logros más allá del crecimiento numérico (factor ético-religioso), los cuales no necesariamente correlacionan con la variable “transformación de la creación”.⁴ Esta es una asignatura pendiente y obligatoria que los líderes debemos aprender.

Por ello, el autor cree que son valores y acciones imperativas de nuestra herencia denominacional que se han perdido o al menos descuidado. No nos olvidemos que somos parte de un movimiento que es resultado de un proceso de unificación de varios grupos, que se vieron y sintieron afines en propósito, “recuperar el mensaje y énfasis en la proclamación de un evangelio de santidad y la atención a los pobres”.

³ Al hablar de “diálogo y cooperación” me refiero a la apertura sincera para conversar (dialogar) con otros que no son parte de “nuestro redil”, pero que sí son parte de la Iglesia de Jesucristo. Incluye la sana y respetuosa costumbre de cuestionarnos mutuamente en un espíritu constructivo y propositivo para corregirnos, estimularnos y optimizar nuestra calidad de vida y servicio a Jesucristo. Supone una actitud de humildad y sinceridad para encontrar y percibir en el otro el rostro de Cristo y a un ser humano e institución (Iglesia) que precisa ser respetado/a por encima de nuestras diferencias culturales, doctrinales, actitudinales y aun misionológicas. Además, supone la predisposición a cooperar o servir juntos en la misión de Dios sin pretensiones o sentimiento de superioridad o inferioridad. Así como compartir recursos o proyectos según las posibilidades para aumentar nuestra efectividad e impacto en misionológico.

⁴ La ampliación de este análisis de variables que producen impacto incluye el factor ético-religioso y técnico-cultural (cf. Bullón, 2003: 111-115).

¿Cuáles son algunos de los peligros del sectarismo?

Varios son los peligros a los que se expone la Iglesia del Nazareno si no recupera su sentido de sana ecumenicidad evangélica. Entre ellos:

1. *La pérdida del sentido de cuerpo y comunidad de Cristo, -que va más allá del sentido restringido de la denominación- nos conduce por la vía de una aberración teológica: ser sectario ó partidario de la globalización religiosa. ¡La Iglesia de Jesucristo en una sola! (cf. Jn 17). Esta se expresa en una multiplicidad de congregaciones, pero es una sola. Para el efecto, vale examinar con cuidado la metáfora de “cuerpo” usada por el apóstol Pablo y su reconocimiento en las cartas paulinas de las comunidades cristianas. Habitualmente se dirigió a la Iglesia de Efeso, Corinto u otra localidad. En realidad, Pablo se refería a la Iglesia de la ciudad, en tanto, un solo cuerpo. Sin embargo, esto no significa que había una sola congregación en tal o cual ciudad, sino que **la Iglesia era una sola**, por supuesto, con múltiples congregaciones. Sobre el particular el Manual de la Iglesia del Nazareno (1997), dice: “...La iglesia es una realidad histórica que se organiza en formas culturalmente adaptadas; existe tanto como congregaciones locales y como cuerpo universal...” (Manual, 1997:31).*

Adicionalmente, Pablo enfatiza en Efesios 4:1-6 en la vocación fundamental de la Iglesia, cuando expresa: “*Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos*”.⁵ Tal vocación nos confronta con la necesidad de recuperar nuestra pertenencia al cuerpo de Cristo, que busca guardar-obedecer el mandato de la unidad como una característica fundamental de nuestra misión cristiana. Por ello, así como hablamos del “Gran Mandamiento”, la “Gran Comisión” se debe hablar y trabajar por el “Mandato de la Unidad”. Por ende demanda que hagamos serios esfuerzos para vincularnos al cuerpo de Cristo sin descuidar nuestro cometido denominacional.

De otro lado, requiere un serio análisis de nuestra participación y aporte a la construcción de un **sentido nacional de Iglesia** en cada país donde se encuentra representada y ministrando la Iglesia del Nazareno⁶. La Iglesia evangélica de cada país se está gestando esfuerzos por construir el sentido de pertenencia nacional con el concurso de las denominaciones, asociaciones, misiones y cuerpos pastorales, que nos permita la coordinación de acciones en bien de las diferentes congregaciones. Este esfuerzo es consciente o inconscientemente un mecanismo que nos permite afrontar la “globalización religiosa”, que procura borrar las identidades individuales y colectivas (denominacionales).⁷ En efecto, necesitamos fortalecer nuestro sentido de cuerpo de Jesucristo y de nuestra razón de ser (misión denominacional), pues es nuestro legado al mismo cuerpo. Por supuesto pasado por el crisol que nos protege del espíritu sectario y descalificador. Para ello, los líderes debemos experimentar un cambio paradigmático en nuestras estructuras mentales y misionales. Sugiero considerar en la misionología de David Bosch (Misión en Transformación),

⁵ Reina Valera Revisada (1960), (Estados Unidos de América: Sociedades Bíblicas Unidas) 1998.

⁶ Que por cierto es una condición necesaria para aportar a la transformación de un país. Específicamente me refiero al sentido de autodeterminación (cf. Toynbee) ó autogobierno (cf. R. Allen).

⁷ Algunos autores contemporáneos han empezado a hablar de la era post-denominacional (Wagner, 2000:10-13, 20-27; Deiros, 2004, entre otros). Esto supone la pérdida de espacios y debilitamiento gerencial en la conducción del ser y hacer de las denominaciones.

el paradigma vigente frente a un mundo globalizado: la ecumenicidad de la iglesia, que nada tiene que ver con el entendido popular y fóbico evangélico de lo ecuménico.

2. *La perpetuación del sentido de aislamiento del cuerpo de Cristo.* De este modo, las Iglesias del Nazareno podríamos estar cultivando un espíritu de “llaneros solitarios” y por ende de secta (rismo)⁸. El mismo que luego tiene efectos contraproducentes al interior de la propia denominación. Pues tal actitud, no solo se muestra para con los “otros” (*no nazarenos*) sino entre los mismos de casa. De lo contrario estaríamos enseñando una doble forma de tratamiento a aquellos que son parte del cuerpo de Cristo. Por supuesto, esta postura no desconoce la necesidad de un trato de mayor familiaridad con aquellos que pertenecen a la denominación. Pero, para nada significa que hemos de vivir ajenos, aislados y extraños a todos/as aquellos/as que son parte del cuerpo de Jesucristo.

Además, nos hace inmunes a las corrientes de pensamiento teológico y misional que nos ayudan a mantener el principio de la “constante reforma de la iglesia”, bajo la consideración bíblica de “retener lo bueno y rechazar lo malo”.

3. *El sentido de “santa” autosuficiencia en el liderazgo denominacional impide la cooperación y el diálogo con otras iglesias y líderes.* Los líderes con dificultad se reconocen a sí mismos como autosuficientes. Se requiere madurez para reconocerlo. Gracias a Dios por los recursos, programas, edificios que la Iglesia del Nazareno posee para que liderazgo pueda ejecutar su misión. Pero no olvidemos que son recursos de Dios para una finalidad misional. Esto requiere una administración responsable y santa para la edificación del cuerpo de Cristo⁹ y la extensión de su misión en la sociedad. Frente a lo señalado, tengo la impresión que subyacente a nuestro discurso de santidad reside cierto espíritu de orgullo y autosuficiencia en nosotros, los líderes. Si esto fuera así, -espero estar equivocado- estamos sosteniendo un espíritu contrario a lo expresado anteriormente en Efesios 4:2, que demanda conducirnos “...*con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor*”.

4. *La constante migración y pérdida de liderazgo que tiene visión y compromiso con todo el cuerpo de Cristo es un fenómeno más recurrente del que estamos dispuesto a admitir.* Hay quienes se sienten y reconocen a sí mismos como parte intrínseca de la denominación y de todo el Cuerpo de Cristo. Para estos, el vivir en un contexto como el descrito en los puntos anteriores (*pérdida del sentido de cuerpo y comunidad, perpetuación del sentido de aislamiento y “santa” autosuficiencia en el liderazgo denominacional*) representa un contrasentido y despropósito. Importantes líderes han preferido emigrar de este contexto. Sin embargo, es tiempo que el liderazgo con capacidad de decisión mire con seriedad esta problemática, para evitar más pérdida de líderes que podrían aportar al fortalecimiento institucional-denominacional de la Iglesia del Nazareno. Esto supone la necesidad de cuidar el mayor capital que tiene la Iglesia del Nazareno en los diferentes países, el liderazgo nacional.

5. *El inadecuado manejo de los recursos provistos por el Señor a nuestras iglesias y denominaciones nos impiden hacer economía de recursos y aprovechar al máximo los mismos para el desarrollo de la Iglesia del Nazareno y el cuerpo de Cristo.* Especialmente, esto es

⁸ Entiéndese por secta “al conjunto de seguidores de una facción religiosa o ideológica. Doctrina religiosa o ideológica que se diferencia o independiza de otra” (Diccionario de la Lengua Española, 2001:533). Además, se caracteriza por su sentido de absoluto y posesión exclusiva de la verdad o última revelación.

⁹ ...del cual es parte la Iglesia del Nazareno

visible en el campo de la educación teológica. Más de una vez hemos enseñado una clase a un grupo reducido de alumnos en nuestros seminarios e institutos bíblicos. Tal clase se ha brindado en otro seminario con un magnífico profesor, pero nuestros celos o cuidados por preservar la “sana doctrina” nos ha impedido establecer convenios de cooperación para tales fines. Tenemos que reconocer que los “otros” tienen cosas muy valiosas para enseñarnos. Por supuesto quienes más lo aprovechan son aquellos que tienen la humildad para reconocerlo.

6. *El orgullo doctrinal y teológico.* Hay grupos denominacionales que sobreestiman su doctrina en detrimento de otras denominaciones, asociaciones o ministerios eclesiales. Nos sentimos herederos absolutos de la “sana doctrina”, sin reconocer que el mismo Dios también se revela en y a los demás. Esto nos conduce a desarrollar una actitud excluyente, por medio de la cual, discriminamos y hasta marginamos a otros ó al menos los excluimos de nuestro mapa relacional.

Dado los peligros a los que estamos expuestos prosigamos con nuestro análisis para prevenir y corregir los males recién indicados. Para ello, propongo que establezcamos un marco de exigibilidad (condiciones) para asegurar el diálogo y la cooperación en el desarrollo de nuestra misión eclesial (denominacional).

Condiciones para el diálogo y cooperación

Ahora es tiempo de preguntarnos por la ruta que hemos de seguir para articular este desafío planteado recientemente. ¿Cuáles son las condiciones para construir relaciones basadas en el diálogo y la cooperación, conforme a lo inspirado por nuestra propia tradición desde su fundación?

1. La más obvia y hasta fundamental actitud –por lo señalado en la sección de los peligros del sectarismo- es la apertura y humildad para concebirnos conforme a lo planteado por Jesús en la eucaristía: *somos una misma cosa* (una sola iglesia) *en la mesa del Señor*. Además, somos la comunidad de Cristo. La iglesia no es nuestra, es de Él. Precisamos amar a Cristo amando nuestra comunidad. Por ello necesitamos aprender como lo decía Bonhoeffer a: “<<Estar en Cristo>> [lo que] equivale a <<estar en comunidad>> (1969:241). Por ende, hemos de desarrollar agudamente el concepto y práctica de iglesia en tanto cuerpo y comunidad que está unida monolítica, sólidamente entrelazada e interdependiente. Precisamos hacer una reingeniería teológica y misionológica sobre la Iglesia, su misión en el mundo y en nuestra relación con las demás congregaciones pertenecientes al cuerpo de Cristo en tanto una sola Iglesia y comunidad de Cristo.

2. Respeto y validación para aquellos que son diferentes, pero que predicán a Cristo y procuran la extensión de su Reino en categorías ajenas a la nuestra. Sea que nos guste o no, también son parte del único cuerpo y pueblo de Dios. Esto supone madurez eclesial para validar y reconocer a los demás en un marco de equidad y valía. Al respecto, Jesús les dio una tremenda lección a sus discípulos cuando pretendían prohibir a otros seguidores que no eran parte de su grupo que prediquen y ministren entre ellos, por no ser parte de su orden o grupo (denominación). Es más trataron de obtener de Jesús una resolución de censura. Por el contrario encontraron reprensión para su conducta excluyente.

Basado en lo anterior, y dada la era narrativa y meta narrativa en que vivimos precisamos recordarnos similares historias para reconocernos y validarnos mutuamente. Por supuesto, parafraseando a John Stott “sin diluir el espíritu evangélico” y “nazareno”¹⁰.

3. *Definir una agenda básica para desarrollar el diálogo y la cooperación en virtud de las afinidades ministeriales, teológicas y misionológicas.* Demanda un esfuerzo serio para encontrar puntos de convergencia y decidir trabajar en ellos. De ello, ya existen varios esfuerzos significativos. Este tipo de diálogos los ha propiciados el Consejo Latinoamericano de Iglesia con las familias denominacionales. De otro lado, no nos olvidemos que somos hijos del movimiento wesleyano-metodista. Empecemos por reforzar nuestros vínculos con nuestra familia teológica. Ya la Iglesia del Nazareno dio un gran paso en su momento aliándose al Consejo Metodista Mundial. Pero aun falta mucho, pues este ha sido un diálogo de cúpula teológica, que no ha descendido a las bases, al campo de la acción pastoral entre las iglesias alrededor de Ibero América. Aunque tengo la impresión que varias congregaciones nazarenas van muy adelante del promedio denominacional.

4. *Huyamos del fantasma del ecumenismo, tal como nos enseñaron a temer nuestros mayores en la fe y el ministerio.* Hay grupos que se auto nombran y definen a partir de una franca lucha con espíritu de “cruzado”. Este espíritu anti-ecuménico nos impide reconocernos e integrarnos como parte de la misma Iglesia. El espíritu de exclusión que impide los acercamientos eclesiales es propio de las luchas entre fundamentalista y seguidores del Evangelio Social a principios del siglo XX en Estados Unidos. Pero no es nuestra lucha, ni tenemos compromiso para seguir sosteniéndola. Si mucho escozor nos produce el término debido a la carga semántica peyorativa que se la ha dado, usemos nuevos logismos, pero por favor no abandonemos la causa de la ministrar juntos en esta tierra habitada (*ecumene*).

Bibliografía

Allen, Rolland. *La expansión espontánea de la Iglesia.* s.f.

Bonhoeffer, Dietrich. *Sociología de la Iglesia.* Salamanca: Ediciones Sígueme. 1969.

Bullón, H. Fernando. *Carta enviada por el coordinador de ponencias a los ponentes y reactores.* Costa Rica. 17 de abril del 2004

Bullón, H.Fernando. “Desafío a la ética social evangélica en la América Latina de cambio de siglos”. En *¿Hacia dónde va el protestantismo? Herencia y prospectivas en América Latina.* Buenos Aires: Ediciones Kairos. 101-125.

Deiros. Pablo. *Notas de clase del curso: “Análisis histórico social de la Iglesia en América Latina”.* Argentina: PRODOLA. 2004.

Espasa Calpe. *Diccionario de la Lengua Española.* Colombia: Círculo de Lectores. 2001.

Iglesia del Nazareno. *Manual.* Kansas City: Casa Nazarena de Publicaciones. 1997.

¹⁰ Esta última es apreciación del autor.

Freddy Guerrero

S.B.U. *Reina Valera Revisada (1960)*. Estados Unidos de América: Soc. BÍb. Unidas. 1998.

Stott, John. “*Sin diluir el espíritu evangélico*”. s.f.

Wagner, Peter. *Terremoto en la Iglesia*. USA: Betania. 2000.